

DRAŽEN PETROVIĆ

LA LEYENDA DEL INDOMABLE



JUAN FRANCISCO ESCUDERO

Prólogo de LOLO SAINZ - Epílogo de VICENTE SALANER

Amado y odiado con la misma intensidad y en proporciones muy parejas, Dražen Petrović ha terminado siendo mucho más que un simple jugador de baloncesto. Su presencia en la cancha, sus provocaciones continuas y su personalidad le convirtieron pronto en un líder. Los avatares de su vida deportiva (jugó en el Madrid después de haber sido su verdugo) y su prematura muerte a los 28 años en un absurdo accidente de coche, cuando estaba en el mejor momento de su carrera deportiva, triunfando en los Nets, hacen que hoy su recuerdo forme parte de la leyenda. Por eso es uno de los grandes mitos del deporte en general y del baloncesto en particular.

Este libro va dedicado a mi familia, amigos, amantes del deporte del baloncesto y, por supuesto, a Pilar y a la pequeña Alexandra.

Gracias a Álvaro Chávarri y Diego Moldes por la aportación de datos y fotos. A Iván Fernández por sus ideas sobre el capítulo de declaraciones. Ta la embajada de Croacia.

También, y especialmente, a todos los genios transgresores que fueron olvidados por el paso del tiempo y la aparición de los mediocres...

Prólogo

LOLO SAINZ

CUANDO Juan Francisco Escudero entró en mi despacho del estadio Santiago Bernabéu hace aproximadamente un año para pedirme que le hablara de Drazen Petrovic porque tenía la intención de escribir un libro sobre su vida, un inmenso escalofrío recorrió mi cuerpo, ya que en un instante se agolparon en mi mente todos aquellos momentos vividos alrededor de este genuino y genial jugador de baloncesto —hago mención especial del deporte que practicaba, por todos ustedes conocido, porque Drazen, desde el cielo, no me perdonaría jamás que no nombrara junto a su nombre el gran amor de su vida, el baloncesto—, desde el prisma de jugador contrario y como jugador del Real Madrid, por aquel entonces entrenado por un servidor de ustedes.

Juan, me tendrás que perdonar, porque en algunos momentos dudé si realmente un seguidor de baloncesto, fan de Drazen, sería capaz de plasmar en un libro la historia de una vida tan intensa como desgraciadamente corta de un fuera de serie en el mundo de la canasta. Después de leer tu libro no tengo por menos que reconocer y darte las gracias por haber recogido magníficamente la historia de la leyenda de un indomable y de un genio, que tú, sabiamente, comparas con Amadeus Mozart.

Hace muchos años fui a Sibenik a ver un partido entre el equipo local y la Cibona de Zagreb. Mi misión en este partido era observar detenidamente las evoluciones de los jugadores de la Cibona, próximo contrincante nuestro, pero he de reconocer que no les presté demasiado interés, ya

que estaba inmerso en las evoluciones de un espigado y delgado jugador con pelo a lo afro que jugaba en el Sibenik y que era la esencia misma del baloncesto... Era Drazen Petrovic. Y así fue como vi, por primera vez, al que sería tantas veces verdugo del Real Madrid jugando con la Cibona y, por qué negarlo, también, en algunas ocasiones, nuestro salvador.

Me vienen a la memoria tantas y tantas vivencias y anécdotas... Siendo entrenador del Real Madrid, cada vez que teníamos que jugar contra la Cibona de Zagreb pasaba horas sin poder dormir pensando de qué manera podría parar a Drazen, llegando siempre a la misma conclusión: jugar un gran partido y... rezar. Tengo que reconocer que mis rezos no llegaban casi nunca a buen fin, porque se estrellaban ante esa muralla de genialidad, compromiso y competitividad que representaba la figura de Drazen. O aquella otra... Coincidimos con Drazen en un torneo amistoso en Málaga y me preguntó cuál sería su rol si llegaba a jugar en el Real Madrid, si meter 40 puntos cada partido o jugar al baloncesto. A lo cual yo le contesté: ¿Es incompatible jugar al baloncesto y meter 40 puntos? Drazen me miró con esa cara de niño malo y, esbozando una sonrisa maliciosa, me respondió: «Creo que seré muy feliz en el Real Madrid».

Después de la cantidad de desaguisados que nos había ocasionado con su equipo de la Cibona, comprendí que sólo había una manera de parar a este singular jugador, y era fichándolo para el Real Madrid. La odisea de su fichaje fue propia de una novela de Agatha Christie, mezclada con aventuras de James Bond, y que sólo un jugador de su categoría podía protagonizar. Viajaba a España para fichar por otro equipo español y en el vuelo de Madrid a Barcelona algo debió pasar, pues cuando bajó del avión ya era jugador del Real Madrid, historia sólo comparable a la de otro gran mito del equipo blanco... Alfredo Di Stefano.

La historia de Drazen, auténtico protagonista no sólo de este libro, sino de la historia viva del baloncesto, sirve de

hilo conductor para que J. F. Escudero retrate un mundo del deporte donde apenas hay resquicio para los mediocres. Es Drazen quien representa la luz dentro de tanta oscuridad y tiniebla, y quien nos guía por la senda de la esperanza de que algún día otro Petrovic vendrá, ¡jojalá!, aunque me da la impresión de que su figura será irrepetible.

Como entrenador siempre he intentado inculcar a los componentes de mis equipos una gran implicación y compromiso personal hacia la aceptación de su trabajo, y así conseguir una más fuerte motivación dentro del grupo. El mundo del deporte es un excelente vehículo para ilustrar cómo ha de ser un líder, y Drazen fue un gran ejemplo de ello por su implicación y compromiso, no sólo hacia sus equipos sino también hacia sus compañeros, y de esa manera garantizar el éxito.

Su competitividad innata le llevó a ser un ganador, sólo comparable con Fernando Martín, y eso le valió el tener que soportar, aunque creo que lo llevaba estupendamente, entre aficionados de equipos donde no jugó, ¡claro!, periodistas, entrenadores, etc., las críticas a su falta de consideración con rivales e incluso con compañeros o su egoísmo. Como muy bien dice otro genial jugador de baloncesto, Epi, a la hora de hablar de Drazen: «Era un jugador muy duro, psicológicamente hablando [...] intentaba sacar de sus casillas a los rivales, y de esta manera lograr todas las ventajas posibles». A mí me gustaría añadir: «Este tipo tenía algo fuera de lo común, era un ganador nato».

Querido Drazen, te llamaron egoísta porque un día decidiste meter 62 puntos para que tu equipo, el Real Madrid, ganara una competición que necesitaba para seguir manteniendo su prestigio en Europa. Y) a eso no le llamo egoísmo, sino implicación y compromiso hacia tu equipo y hacia tus compañeros. Tú no necesitabas esa fama de ser el mejor, el más grande, porque ya lo eras, lo hiciste por nosotros, por tu equipo.

Y como indomable que eras, y viendo que el baloncesto europeo se te quedaba pequeño, diste el gran salto hacia la mejor liga del mundo. Tu reto de alcanzar las más grandes cotas en el deporte nos privó de seguir teniéndote entre nosotros para poder disfrutar de tu juego. Y como no podía ser de otra manera, también terminaste triunfando en la elitista y petulante NBA, que gracias a jugadores como tú y otros europeos volvió a encontrar el camino del espectáculo. Si aquel trágico junio de 1993 el destino no se hubiese cruzado contigo en esa autopista alemana, hoy día tu nombre estaría inscrito junto a jugadores legendarios como Larry Bird, Michael Jordan, etc.

Tengo que darte las gracias, Juan, por haberme hecho recordar, como un chorro de aire fresco, esos maravillosos momentos vividos como entrenador alrededor de tantas estrellas rutilantes desde donde una de ellas emergía con luz propia: la del simpar Drazen. Su magia, su carisma, su responsabilidad y su profesionalidad le llevaron a la más alta cota galáctica del universo de la canasta.

Drazen Petrovic que estás en los cielos... de la leyenda de los grandes deportistas, ¡tú sí que fuiste un galáctico!

LOLO SAINZ

Entrenador de baloncesto

1. A orillas del Adriático

UN POCO DE HISTORIA

La historia reciente de Yugoslavia, desde los comienzos del siglo XX hasta los estertores del mismo, ha estado salpicada de sobresaltos. Sin duda es, o mejor dicho ha sido, un país de contradicciones y de diferencias tan abismales que harían palidecer a cualquier otro territorio europeo.

Podemos encontrar su origen unos años después del final de la Primera Guerra Mundial, cuando la desmembración del Imperio Austro-Húngaro dio lugar a la formación de una nación que sólo a partir de 1929 tomaría el nombre de Yugoslavia.

La Segunda Guerra Mundial trajo consigo la ocupación italiana de 1941 a 1943, y más tarde el dominio de la Wehrmacht alemana hasta 1944. Tras el final del conflicto y durante cuarenta años la figura del Mariscal Tito^[1] consiguió, bajo el régimen comunista independiente de la Unión Soviética, la unidad, si se quiere artificial, de todas las etnias que constituían la nación yugoslava.

Serbia, Montenegro, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Macedonia poseían aspectos en común, pero otros los hacían absolutamente diferentes, el más importante, la religión. Las tensiones entre las mayorías católicas, ortodoxas y musulmanes se hacían insoportables.

Tras la muerte del gran aglutinador, del líder carismático, la situación era propicia para que Croacia, Bosnia y los demás territorios tomaran conciencia de sí mismos de nuevo como naciones independientes y trataran de separarse de Yugoslavia. Así fue como Croacia, tras las elecciones de

la primavera de 1990, reclamó la independencia como estado soberano. Las consecuencias de esta acción son bien conocidas: la guerra, más de cuatro años de conflicto entre las fuerzas de ocupación serbias y las croatas, decenas de miles de muertos y, lo que es más importante, el odio.

CROACIA

A 45° 10' latitud norte y 15° 30' longitud oeste, y sobre una superficie de poco más de 56.000 km cuadrados se extienden los territorios de la República de Croacia, de mayoría católica. Limita con más de 900 km de línea divisoria con Bosnia Herzegovina, más de 300 km con Hungría, 241 km con Serbia, 25 km con Montenegro y 670 km con Eslovenia.

Casi 1.800 km de costa y su clima mediterráneo hacen de este país uno de los destinos turísticos más importantes en Europa, lugar que escogen para su recreo vacacional viajeros de diversos puntos del viejo continente, principalmente alemanes, franceses, italianos, rusos y españoles.

Croacia alcanzó la independencia oficialmente de la antigua Yugoslavia el 25 de junio de 1991, tras concretarse previamente la aprobación de la constitución el 22 de diciembre de 1990. Se trata de una República Parlamentaria con capital en la ciudad de Zagreb y organizada territorialmente en veinte condados o provincias.

La población en total es de casi cuatro millones y medio de personas divididas en grupos étnicos, de los cuales el mayoritario es lógicamente el croata con más del 78%, seguido del serbio con más del 12%, y otros minoritarios que no alcanzan el 1%, tales como el musulmán, húngaro, esloveno, checo, albanó y montenegrino. El idioma oficial y predominante es el croata, hablado por más del 96% de los habitantes.

Sus ingresos se basan principalmente en dos pilares fundamentales, la industria del petróleo y derivados y, como ya hemos citado previamente, el turismo. Ciudades como Split, Zadar, Dubrovnik y, en menor medida, Sibenik han dejado de ser sinónimos de aislamiento, guerra, sufrimiento y olvido, y durante los últimos diez o doce años se han convertido en sinónimos de playa, vacaciones, verano y divisas. Es en una de estas ciudades, en uno de estos puertos marítimos, donde ocurrió, pero ya volveremos a ello más adelante.

SIBENIK

El condado o provincia de Sibensko-Kninska, en el corazón de la costa adriática, es uno de los principales del país. Comprende 100 km a lo largo de la costa entre las riberas de Zadar y Split, y se prolonga más de 45 km hacia el interior.

Posee más de 1.000 km cuadrados de superficie y está compuesto de 242 islas e isletas más una región costera. Sólo diez de las islas principales están habitadas. Las más importantes en número son las islas Kornati, donde se encuentra el Parque Nacional del mismo nombre, conocidas sobre todo por sus paisajes y playas y por sus caprichosas formas.

Sibenik es la capital de la provincia, y en la actualidad es el centro cultural, administrativo, económico y social de la misma. Las distancias hasta las más importantes ciudades del centro de Europa son, como referencia, 300 km a la capital, Zagreb, 735 km a Viena, 770 a Milán, 830 a Múnich, 1.434 a Berlín y 1.717 a París.

Escarbando un poco en las arenas del tiempo, Sibenik fue citado por primera vez en el año 1066 en documentos referentes al rey croata Kresimir IV, y se la considera como la ciudad croata más antigua en la costa este del Adriático.

En 1298 se le concedió el estatus de ciudad con su propia diócesis.

Desde su fundación, la ciudad de Sibenik siempre ha tenido una importancia estratégica grande, sobre todo en la defensa contra las fuerzas invasoras de Bizancio y Venecia. La larga resistencia contra Venecia terminó en 1412 tras un sitio de más de tres años.

La fortaleza de San Nicolás, construida en el siglo XVI y las fortalezas de San Juan y de Subicevac, construidas en el siglo XVII, permitieron rechazar las diferentes y persistentes oleadas turcas en los años siguientes, de tal manera que el asentamiento nunca fue conquistado.

La caída de la República de Venecia propició en 1797 el traspaso de poder tras casi cuatro siglos, el Imperio Austro-Húngaro tomaba el control sobre Sibenik. Y así llegamos al inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914, lo que nos conecta definitivamente con el período histórico yugoslavo, previamente tratado en este capítulo de una manera sucinta.

RECORRIDO POR LA MEMORIA DEL DEPORTE YUGOSLAVO Y CROATA

El deporte yugoslavo, y en particular el croata, en el siglo XX y en el XXI está jalonado por grandes éxitos en deportes de equipo. Aunque han existido grandes deportistas a nivel mundial a lo largo de la historia en el plano individual, entre los que podríamos destacar, por ejemplo, a Goran Ivanišević^[2] o Janica Kostelic^[3], los deportes de equipo parece que ejercen una atracción enorme en las y los jóvenes balcánicos.

Quizás ayude el hecho de que la media de altura en este territorio sea una de las tres o cuatro mayores del mundo y la mayor de Europa, quizá sea que la calidad de los formadores y entrenadores sea superior por esos lares, quizá

por el fomento de la disciplina deportiva, sea como fuere la proporción de éxitos colectivos con respecto al hecho de que no sea, ni de lejos, una de las naciones más pobladas del continente, hace que nos replanteemos ciertos aspectos.

¿Qué extraña circunstancia hace que cuando hablamos de talento, competitividad, carácter, oficio e improvisación natural volvamos la cara y señalemos en el mapa a un pequeño territorio al este del Adriático? ¿Por qué se los llama el Brasil europeo en fútbol, los maestros en waterpolo y balonmano? Y, más concretamente, ¿por qué son los Estados Unidos de Europa, cuando hablamos de baloncesto? Acaso se trate de razones aquí expuestas, acaso de otras, lo cierto es que su dominio en el deporte de la canasta en los ámbitos europeo y mundial es notorio, sólo superado por el país de las barras y estrellas y por la Unión Soviética, naciones ambas que cuentan con poblaciones más de veinte veces superiores.

En el período que empieza en 1970 y acaba con la desmembración de Yugoslavia en 1991, los éxitos del baloncesto yugoslavo son magníficos. Campeones mundiales en 1970, 1978 y 1990, campeones de Europa de selecciones nacionales en 1973, 1975, 1977, 1989 y 1991 y campeones olímpicos en Moscú 1980, si bien habría que recalcar que si no se hubiera producido el boicot de Estados Unidos el resultado habría sido otro con toda probabilidad.

Tras la prohibición para participar en competiciones oficiales a deportistas yugoslavos (que acabó en 1995), ya como Serbia y Montenegro siguen los éxitos, campeones mundiales en 1998 y 2002, campeones de Europa en 1995, 1997 y 2001, y subcampeones olímpicos en 1996.

Las participaciones de Croacia son bastante más discretas tras su reconocimiento como país independiente. Todo se concentra en un subcampeonato olímpico en Barcelona 92, tras el Dream Team estadounidense, y dos medallas de bronce en campeonatos de Europa, en 1993 y 1995. Y no

es que la aportación de jugadores croatas a la antigua Yugoslavia fuera mediocre o testimonial, la razón principal es muy diferente, como veremos más adelante.

TÉCNICOS DE PRESTIGIO

Se podría afirmar sin temor a equivocarnos que el baloncesto yugoslavo hasta los felices años veinte no existe. Desde que el viejo profesor J. Naismith colocara sus cestos de melocotones a ambos extremos de su gimnasio y diera forma a un reglamento rudimentario habían transcurrido más de treinta años, un tercio de siglo de retraso que no fue a más gracias al Ejército de Salvación Americano. Uno de sus integrantes introdujo los conceptos del «nuevo» deporte en Belgrado en los años veinte, y la semilla creció y creció hasta convertirse en la flor que es hoy, o mejor, en la planta carnívora devoradora de títulos y distinciones. No obstante, habría que señalar que la calidad del agua, los fertilizantes y el trabajo de unos jardineros competentes hicieron el resto. La raza eslava es el agua, el carácter competitivo innato es el fertilizante perfecto y los jardineros son el profesor Nikolic y sus seguidores y discípulos.

Tras el campeonato del mundo de Argentina en 1950, la primera aparición de Yugoslavia en un campeonato importante, tomó las riendas de la selección nacional Aleksandar «Asa» Nikolic. Antiguo jugador, retirado ese mismo año, guió a su país a la primera medalla en un europeo en Belgrado 1961, a dos medallas más, en un europeo y un mundial, hasta su primera retirada en 1965. De vuelta al cargo en 1976, en dos años tuvo tiempo de ser campeón mundial y europeo, antes de ser sustituido por Mirko Novosel. Y podríamos hablar, y no acabaríamos nunca, de sus logros en el inolvidable Ignis Varese de los años setenta y de sus duelos épicos con el Real Madrid.

«Asa» Nikolic, sin embargo, introdujo en el juego algo más valioso que los propios resultados: sentó las bases, definió las características que desde entonces acompañarían al paradigma de jugador yugoslavo, fundamentos individuales, disciplina en los entrenamientos e improvisación. Además añadió al cocktail su inigualable dirección de partidos. Nikolic ha sido incluido en el Hall of Fame de Springfield (Massachusetts) por su contribución al desarrollo del juego.

Tras la estela del profesor surgieron el ya citado Mirko Novosel, campeón olímpico en Moscú 1980 y diseñador, ingeniero y principal artífice de la Cibona de Zagreb de los años ochenta. Ranko Zeravica, y ya más recientemente Dusan Ivkovic, Bozidar Maljkovic y Zeljko Obradovic son los continuadores de la tradición de fenomenales entrenadores que han surgido en el país de los Balcanes hasta la fecha.

LAS DOS GRANDES GENERACIONES

Remontémonos atrás en el tiempo para encontrar al primer gran jugador yugoslavo de la época moderna de este deporte. El serbio Radivoj Korac fue el precursor, el pionero, la referencia, el maestro de donde aprendió toda una generación. Nacido en 1938, fue en el OKK de Belgrado donde alcanzó sus mejores éxitos deportivos. Era un tirador y un anotador impenitente, en la Copa de Europa de 1964 y jugando contra el modesto Alvik de Estocolmo anotó la increíble cifra de 99 puntos, récord que perduró en la competición europea hasta veintiún años más tarde, cuando el jugador del Zadar Zdenko Babic lo superó con 144, claro que hace cuarenta años no existía la línea de tres puntos, con lo que la dificultad era mayor. Siete veces mejor jugador de Yugoslavia, nunca pudo levantar la copa en ninguna competición a nivel de selecciones, teniéndose que conformar con cinco medallas de plata y una de bronce. Radivoj

«Zucko» Korac murió en junio de 1969 con 31 años en un accidente automovilístico. Poco después la FIBA (Federación Internacional de Baloncesto) puso su nombre a la tercera competición por importancia en Europa.

La década de los setenta encumbró a Yugoslavia como potencia mundial en el deporte de la canasta gracias a la aparición de quizá la mejor generación de jugadores de su historia, con permiso de la de finales de los años ochenta: los serbios Drazen Dalipagic, Zoran «Moka» Slavnic y Dragan Kikanovic, los croatas Kresimir Cosic y Zeljko Jerkov y el bosnio Mirza Delibasic. En los JJ. OO. de Montreal 1976, sólo el equipo estadounidense de Adrián Dantley y Mitch Kupchak fue capaz de derrotarlos, 112-93 en la primera fase y 95-74 en la final. En los siguientes JJ. OO. llegó al fin la victoria, sorprendiendo al anfitrión en la fase semifinal 101-91 y a Italia en la final 86-77.

En los inicios de la década de los ochenta se produjo el declive de los grandes mitos yugoslavos de los setenta; tras la Olimpiada de Moscú, los Slavnic, Kikanovic, Delibasic, etc., nunca volvieron a reverdecer laureles en competiciones de selección.

La eclosión de la última gran carnada de genios balcánicos tuvo lugar a finales de los ochenta y principios de los noventa, máximos exponentes serían los croatas Toni Kukoc y Dino Radja, los serbios Vladimir Divac y Aleksandar Djordjevic, el serbo-bosnio Predrag Danilovic, el montenegrino Zarko Paspalj y el esloveno Jure Zdovc. Con estos jugadores como base fundamental complementados por otros de menor nivel, el equipo de Yugoslavia no tuvo rival en el mundo en el período 1989-1991 y sólo cedió ante la Unión Soviética de Arvydas Sabonis en los Juegos Olímpicos de Seúl en 1988.

Pero hubo un elemento fundamental que sirvió de nexo de unión entre las dos grandes generaciones, el testigo de liderazgo fue recogido, el vacío de talento no se llegó a producir, sólo un hombre fue capaz de aglutinar todo el